

Pero la ventura de su nuevo estado no sosegaba en Anibal los estímulos de su ambición: la constante idea de humillar á Roma, conduciendo los triunfadores ejércitos cartagineses hasta la misma capital, tomaba cada dia mas incremento en su cerebro, y se preparaba para realizarla.

No convenia sin embargo á sus planes demostrar desde un principio el objeto de su conducta, y habituando á sus tropas á penosas fatigas; familiarizándolas con los peligros; entrando en tierras de los olcades, váceos y carpetanos, los cuales le opusieron un ejército de cien mil combatientes; supliendo con astucia la inferioridad numérica de sus tropas; dispersando las turbas bárbaras; cautivando los principales régulos y colmándoles de mercedes en vez de maltratarlos con castigos, consiguió tan esforzado Capitan como sagaz político, fuesen sus aliados ó tributarios todos los pueblos que hasta llegar al Ebro habian recorrido Amilcar y Asdrubal, sin poder establecer en ellos segura dominacion ni decisiva influencia.

En todas estas expediciones, Himilce marchaba al lado de su esposo: era la inseparable compañera de sus fatigas, el dulce reposo de su corazón, la consejera de su inteligencia, y la esperanza de su porvenir; porque al fuego de aquellas dos almas tan dignas la una de la otra, habia recibido la vida del amor en el seno de Himilce un nuevo sér.

Pero mientras llega el ansiado momento en que el hijo de Himilce abra con su existencia mas anchos horizontes á la esperanza de Anibal, una nueva campaña dilatava la realizacion de los planes del caudillo cartaginés. Los saguntinos animados por los romanos quisieron oponerse á la triunfadora marcha de Anibal, y en la rendicion de aquella colonia puso este por lo tanto todo su empeño, porque Sagunto era el principal obstáculo que debia vencer para llevar á cabo su expedicion á Italia, expedicion que juzgaba irrealizable mientras quedase á su espalda una ciudad tan importante, tan enemiga de Cartago, y tan decidida por los romanos.

Así es que poniéndola apretado cerco, cifró en su rendicion la primera garantía del logro de su empresa, y no perdonó medio ni fatiga

para domeñar el heróico valor de Sagunto, durante un largo cerco de ocho meses. ¡Gloriosa resistencia que tanto engrandeció á los saguntinos, como manchó vergonzosamente á los romanos que los abandonaron!

Durante esta campaña, Himilce siempre al lado de su esposo, dió á luz un hijo, á quien puso por nombre Aspár, cuyo nacimiento llenó de regocijo á Anibal y á su ejército. Y mientras Sagunto sucumbia víctima de su fidelidad heróica, brillaba en el porvenir del afortunado conquistador, un nuevo astro que le guiaba á realizar su destino.

El ódio á Roma le impulsaba; la ternura de Himilce le sostenia; el amor paternal acababa de engrandecerle.

II.

Los proyectos, que conseguida la destruccion de Sagunto agitan el corazón del caudillo cartaginés, son de tal magnitud, que teme por la vida de su muger y de su hijo si hubieran de acompañarle, como hasta entonces, en sus nuevas y peligrosas campañas. No es ya la lucha de soldados contra soldados, de cartagineses con romanos. El hijo de Amilcar aspira á conducir un ejército á Italia, deseoso de herir en el corazón á su enemigo. Para conseguirlo, era necesario realizar una empresa, que si en recientes épocas, fué legítimo título de gloria, para el gran conquistador moderno, en aquellos remotos tiempos era una aspiracion sin ejemplo, espantosa, titánica. Necesitaba traspasar los Alpes, esa gigantesca muralla á cuya sombra se creian seguros los romanos; y en aquella inmensa lucha en que tenia que vencer primero á la naturaleza para humillar despues á los hombres, ni las nieves le acobardan, ni las inespugnables rocas

le arredran, ni le detienen los precipicios, ni teme el astuto valor de los salvages habitantes de aquellas heladas alturas. Le arredra únicamente el peligro á que va á esponer á su esposa y á su hijo; y amándoles con ese amor inmenso de los héroes y de los grandes hombres, decide separarse de ellos al partir para Italia, dejándoles en España.

Pero antes quiere consultar en la fenicia Gades el oráculo del templo de Hércules. La tierna Himilce con su hijo le sigue; y cuando despues de haber depositado sus ofrendas en las aras se dispone á partir, engrandecido su corazon por el favor divino, rompe el silencio que en aquellos solemnes momentos nadie se atreve á turbar, y dice dirigiéndose á su hijo que le sonrie, apoyado en el regazo maternal: ¹ —Dulce esperanza de la fiera Cartago; ¡ojalá llegue un dia en que temido de los romanos eclipses la gloria de tu padre, y alcances por tus victorias un nombre mas grande que el de tu abuelo! ¡Ojalá que Roma cuente los años de tu juventud, por los de luto que lleven las madres de sus guerreros!

Si mi corazon sondando lo porvenir no es juguete de vanos presentimientos, ¡qué azote será este niño para los pueblos de Italia! En su fisonomía se retrata la fisonomía de su padre; en la intensa expresion de sus ojos, en sus gemidos varoniles, reconozco el gérmen de la paterna cólera contra Roma.

Por eso, tu, querida esposa, si algun Dios se opone á mis grandes empresas y detiene con mi muerte el éxito final de ellas, conserva esta prenda prometida á la guerra.

Cuando pueda hablar, que vaya conducido por tí como fui yo en mi infancia, á estender sus débiles manos sobre las aras oeliseas, y que jure por las cenizas de su padre guerra sin tregua al Lacio.

Despues y apenas el primer bozo anuncie en sus labios la pubertad, que vuele á los combates, que humille bajo sus piés á

¹ Este episodio de la vida de Himilce, inspiró á Silio Italico acaso los mejores versos que se encuentran en su poema *de bello punico*, lib. 3.º, notable fragmento de poesía épica que ha servido de norma á nuestra narracion.

Roma, y que me eleve vencedor, una tumba sobre la cima del Capitolio.

Y tu, Himilce, cuyo fiel amor conyugal te hace tan digna de respeto, y que unirás á la gloria de tus virtudes la de haber sido madre de este niño, esperanza de la patria, huye los azares y los peligros de la guerra, renuncia á sus penosos trabajos.

Para nosotros sean únicamente las rocas erizadas de nieve, con sus cimas que parecen sostener el cielo; para nosotros los Alpes con sus peligros, mas formidables que los de la guerra; para tí el cuidado de rogar por tu esposo con tus plegarias á los Dioses, y el cuidado de nuestro hijo.

Si la suerte hace falibles las promesas favorables que el oráculo ha pronunciado, si no me deja realizar mis proyectos de gloria, goza tú al menos de una dichosa ancianidad.

Que las Parcas hilen mas lentamente la tela de tus dias que la de los míos.

Anibal terminó conmovido, é Himilce sintiendo la separacion que su adorado esposo proyectaba, le contestó en medio de un torrente de lágrimas:

¿Olvidas que mi vida depende de la tuya?

¿Acaso, no soy yo digna de dividir contigo los peligros?

¿Es este el premio de nuestra union, de las primicias de mi amor?

¿Temes falte á tu esposa valor, para atravesar contigo esos montes erizados de hielo?

Juzga mejor el corazon de una mujer, y de una mujer de mi patria.

Un casto amor puede desafiar los mayores peligros.

Pero, si á pesar de ello tu no miras en mí mas que la debilidad del sexo, si has resuelto dejarme, te obedezco, y no detengo mas el fallo del destino.

Que el cielo te proteja. Parte bajo dichosos auspicios; parte, y que los Dioses escuchen mi plegaria.

Pero en medio de tus soldados, en el ardor del combate, acuérdate de esta esposa y de este hijo que dejas lejos de tí.

Mas que á los romanos, mas que al hierro y al fuego temo á tu valor ardiente é impetuoso.

Conozco el arrojo con que te precipitas en medio de los combatientes, y espones tu cabeza á sus golpes.

Ninguna hazaña resistirá jamás á tu valor, que para tí la gloria no tiene límites.

Siempre has dicho que morir en el seno de la paz es un deshonra para los guerreros. Por eso el temor se apodera de mí.

No es que yo tema el esfuerzo de otro héroe que osára luchar solo contigo; pero... ¡Oh! Dios de los combates! alejad los siniestros presagios, conservad esta cabeza tan querida; que los golpes enemigos la respeten!

Los dos esposos llegan á la orilla del mar y se detienen; el bagel balanceándose sobre las olas despliega al viento sus blancas velas. Anibal antes de partir intenta calmar las inquietudes de su compañera, y para dar ánimo á su corazón le dice:—Fiel esposa, cesa de temer y de llorar.

En la paz como en la guerra, cada uno tiene señalado el término fatal de su vida.

El primero de nuestros días lleva tras de sí el último; y es muy poco el número de almas entusiastas á quienes está reservado un nombre, que repita la posteridad de generacion en generacion.

Para ellos tiene destinado el padre de los dioses la mansion del cielo.

¿Deberé yo sufrir que Cartago reciba sumisa el yugo romano?

En el silencio de la noche la sombra de mi padre se me aparece para exigirme el cumplimiento de mi promesa. La rapidez de la vida me impide diferir el cumplimiento de mi deber.

¿Habré de permanecer siempre aquí? ¿Será únicamente Cartago la que conozca á Anibal? ¿El universo, no ha de saber que existo? ¿El temor de la muerte me ha de hacer renunciar á la gloria? ¿Qué diferencia hay entre la muerte y la vida de un oscuro ciudadano?

No temas sin embargo que un arrojo temerario me prive de la gloria: conozco el precio de la vida: amo la ancianidad, porque comprendo cuan glorioso debe ser la prolongacion de la existencia en el seno de la inmortalidad.

Tu misma, ¿no recibirás el premio de mis victorias?... Que los dioses ayuden mi brazo, y las ricas matronas de Roma, y las mugeres de Italia serán tus esclavas.

El temido momento se acerca al fin. El maestro de la nave anuncia que el viento y la mar se presentan favorables para la partida, é Himilce se separa de los brazos de su esposo.

La quilla del bajel hiende rápidamente la líquida llanura, y en breve las brumas del horizonte lo envuelven robándolo por completo á las anhelosas miradas de Himilce, que besando la frente de su hijo confunde en aquel beso el cariño de la madre y el amor de la esposa.

III.

Apenas las primeras auras primaverales empezaban á cubrir de flores las fértiles campiñas de la Edetania y de la Oretania, cuando Anibal despues de reunir en Cartagena sus tropas, de enviar á Africa quince mil españoles para que guarnecieran á Cartago, de traer á España igual número de africanos para defenderla bajo las órdenes de Asdrubal, y de reunir una escuadra de cincuenta galeras para contrarrestar las fuerzas marítimas de los romanos, puestos á buen recaudo los rehenes de las ciudades confederadas, movió su ejército compuesto de noventa mil peones, doce mil caballos y cuarenta elefantes, para dar principio á la realizacion de su atrevido propósito.

Atraviesa el Ebro; sujeta á su paso á los pueblos hostiles que encuentra; licencia de buen grado á todos los que mostraban el mas